

La idea de otra vida

UNA CASA ASÍ SE HALLA DESPUÉS DE LOS FOSOS, FUERA de los relojes de piedra de la ciudad antigua.

Al cruzar la línea de los trenes.

En las laderas de los ríos raquítricos.

O sus paredes reciben por el lado del agua el golpe de ratón, hocos de las frutas que flotan y llegan del negocio portuario.

Una casa así comienza en secreto por donde iba a su descanso la criada. O con salidas laterales y traseras, se levanta contra la puerta principal a cal y canto, los rótulos casi enteros de un nombre de hotel sobre la cornisa. De espaldas a las avenidas, a los jardines, desde los herrajes sin lustre, las bisagras anquilosadas. Es un recodo: almacén, sótano, garaje.

Es como si se colgara hacia su adentro, hacia lo bajo y lo alto, de todo lo contiguo.

Una casa así no existe, su existencia la borra otra que la contiene, unos fundamentos cuando no eran tabiques, pisos falsos y nuevas esquinas. Todo provisional pero fijo en su doblez, de modo que nada llega a los bordes, no se toca en la estructura más alta, profunda o extendida de la casa primera. Se construye a partir de ese sobrante que, como los espacios de los sueños, no se agota. Ese sobrante es también un raíl, un foso, o un mar; a veces la suma fría de todo lo que falta, sigue faltando. O ruina colindante. La punta, el trozo de un modelo por donde parece que va a entrar completamente la idea de otra vida.

A la casa de la poeta Reina María Rodríguez se llegaba voceando su nombre desde la calle. O el de sus hijos y su mamá, un piso debajo. O el de su amigo, otras personas cercanas a ella y conocidos en común. Para el que recién comenzara esas visitas, saber uno de esos nombres ya era algo. Lo que se recibía allí, en la posta de los gritos, era la llave de la entrada en caída libre. Se dejaban atrás los apartamentos de familia —el de su madre, antes también el suyo—, y por la misma escalera, entonces ardua como para haber centrado su anchura, se estaba de nuevo en el

exterior del edificio. Bajo el cielo, en su cuenco, la línea de la casa marcaba un fondo casi imposible de azotea. Se estaba en casa de Reina a cualquier hora, desde cualquier parte, por las más sorprendentes o las más asentadas filiaciones, sin aviso previo y, con frecuencia, para el resto del día. Si se iba el que parecía que no, llegaban los que también, más tarde, parecían que no. Debían sobrevenir lapsos de espera, y de remontar la calle Ánimas convertido ese de la espera en una voz deshilachada e impúdica, sin un cuerpo que poner a la sombra; las voces del cruce telefónico y la esquina:

«Almendral, tu dirás la verdad.»

«¿Quién hace los dulces?»

Voces que encuentra el que se busca, del poema siempre a punto y siempre sin ser escrito; del poema entreverado: la solemnidad del hastío no pesa en él un ápice más que la ironía o la burla sabichosa:

«Expedición por el Amazonas que fue a buscar el árbol de la canela y se encontró la magnolia.»

«Me dicen siempre que no está.»

La casa de Reina llega tardíamente a su vida, se hace posible cuando ha tenido a sus cuatro hijos; el último, una niña de muy poca edad entonces, compartiría con ella —en la medida en que la casa es sobre todo para esa niña— cierta soledad que puede imaginarle al nuevo espacio. En cuanto son puestas las maderas anchas y algo rasantes del techo, semejante al de una embarcación, se vive allí. Antes de los trabajos últimos, si llueve, será como encontrarse en una marejada. También cierta disposición íntima de lo que es escribir, se adelanta a concebirse en esa arquitectura. No es una casa grande, ni gana fondo. Por varios años su forma es la de un rectángulo, con dos habitaciones, un cuarto y una sala pequeña hacia cada una de las puntas. Entre esos dos espacios, el corredor no tiene lugar, es un centro, y los interiores están delimitados por escasas medidas: una pared un poco más presentada y un metro menos de piso, un escalón y un encuadre sin puerta.

Levantada en un sobrante, por las noches abre el pasaje hacia la pesadilla de una resta: la de haber hecho peso sobre una arquitectura socavada por los años y quién iba a saber qué otros delirios constructivos. La de irse con sus paredes recién puestas, junto a todo lo demás, hacia el derrumbe. Pesadilla sin fuga que dictaban otras paradojas: haber ganado el espacio lícito de la casa e, incluso, haberla concebido desde todas las crisis de legitimidad que acontecieran y todavía aguardaban a la vida del país.

Muy pronto eso que pudo ser el artilugio de un rato de encierro, o de no recibir (con lo que quizás entraña una puerta infranqueable para gente que escribe y de vez en cuando se descubre con sus poemas más recientes) se extravió en el día roto, desajustado, del empobrecimiento sin límites y la cerrazón que se afrontaría en Cuba desde los primeros años de la década del 90. La casa,

como casi todas los demás, no existía en su hora, ni podía llevar nada a su secreto. Se volvía precaria antes de ser, avergonzaba, y la única oportunidad de cálculo o su paciencia ante la crisis radicó en que, para ese momento, la casa cubana ya había vivido demasiados años sin una autarquía consistente y hasta en contra de ésta. Esa «autarquía del barco» o ese «viaje de la vida», como le llama Marguerite Duras, que es la previsión a solas hecha por la mujer, con sus deseos, sus necesidades, su manera de preservar a los suyos. Lo que la mujer concibe que la casa, segunda maternidad extendida y olvidada de sí, provea.

Si como se cree a menudo, el hogar de familia de una escritora es diferente, lo deberá sobre todo a con cuánto olvido se viva el regreso a la utilidad de sus espacios. Una casa, cada una de sus habitaciones, es una construcción de tiempo. La imaginación que ensaya habitar una casa, parte de una hora bastante específica y de determinada actividad que está en el fondo de esa hora. No se requiere la idea de un día porque ese todo no cuenta lo que la casa es. Se trata de ciertos momentos (horas del día pasadas por la casa tragaluz) a través de los cuales la persona se reconoce, se ve hacer un acto de vida en aquello que podría rodearle. La casa se concibe en un tiempo compartimentado que se retrae a su intimidad, o salta y se apura más que a una idea del día, a una idea de la vida entera. Y aun así, la expresión «he cocinado todos los días de mi vida» tiene más genio que recuento de su verdad, la mujer no quiere decir ese tiempo por el que sus hijos se hacen mayores o su esposo envejece. Varios de los libros sobre la mujer y su mundo de la casa reproducen ese tiempo de plazos y de misiones suplantadas de continuo, se vuelven arqueológicos del paisaje y de la idea, minuciosos, reiterativos, abren despensas con el mismo interés que se remiten al cuerpo femenino o a los ciclos del cosmos. Son libros que se suceden —todos lo hacen, advierte Virginia Woolf— como el tiempo en horas de esas jornadas, acumulan hasta desbordar una verticalidad semejante a la del día, se muestran lógicos, relacionados, lentísimos, introducen un presente.

En cuanto se leen esos ensayos sobre la mujer y la casa, con lo que necesariamente ellos cuentan de una intemporalidad e idealización de sus espacios sujetas a todo lo doméstico —lo que se abre con la luz de una lámpara, las cortinas corridas, los jardines que se acercan en figuras hasta cruzar los portales—, cuando se lee esa fábula suya que la casa brinda con tanta prontitud a la mujer, y esa intemporalidad donde la mujer no vive sino como una conquista que ella hace sobre su propio tiempo y su labor —la otra que por ratos es dentro de las cuatro paredes—, comienza a notarse cuánto el proyecto político del país suplantó, condujo a una eventualidad de cada día, de cada instante, y puso a la intemperie, el proyecto mismo de la casa.

Si la azotea de Ánimas se vuelve un sitio habitable, sus muros de piedra viva rematados allí donde la urbe debía continuar su superficie de altura, si puede cerrarse a lo exterior y se ingenia como casa, también se ingenian las formas de un símbolo. Esos datos tan elocuentes de lo que es construir, van a ser repetidos, invertidos, modificados, llevados a todas sus variantes. Es esa

azotea, esa casa recién construida, la primera geografía sobre la que Reina, en un texto bastante testimonial de aquellos años —el que escribe para el primer encuentro de intelectuales que radican dentro y fuera de Cuba—, piensa al país. Imágenes de aire, de mar, nocturnas o solares, imágenes de tiempo, recalcan en la costa de esos muros. Y, así como esa reunión es apenas lo que va quedando de los días de diálogos con las instituciones durante la década del 80 —estrategias y reformas culturales abortadas o negadas, a las cuales la crisis de los años siguientes daría sólo un remate—, Reina lee en Estocolmo, para los que allí se reúnen, un texto al que llama carta, es decir, escribe desde la que puede concebirse, nuevamente en su vida, como la casa de una ausencia: a esos escritores que con sus respectivas biografías datan una emigración de cuatro décadas, debe sumarse, entonces, la casi totalidad de los jóvenes pintores que habían formado aquel movimiento reformativo de vanguardia. Pintores, y además, gente de teatro, historiadores, poetas, críticos, con los cuales Reina había estado trabajando para una reestructuración de la política cultural sólo tres o cuatro años antes.

Con frecuencia, la casa de familia expone una situación límite y sostenida que, sin embargo, queda velada por las mismas maneras en que ese estado suyo se ha ido perpetuando, lo que hace pensar en las vías de un poder, el que se impone por encima de la casa, y que ella repite o incorpora sin distinguir, como su propia existencia. Es el lenguaje desesperado de la casa —centro de impactos de la crisis política y económica de Cuba durante la década del 90— el que Reina habla cuando, en el texto que lleva a Estocolmo, poco a poco se pone a inventariar cada nuevo proyecto, cada iniciativa, cada alcance de los intelectuales que la rodean, cada gesto que debería validarlos, o cuando repasa los años en que se reconoce en ella a una activista de la cultura.

Una palabra que todo el tiempo parece que va a cansarse pero que no se puede callar, que no puede dejar de decir. Que apura una enumeración sobre los argumentos, de los cuales está agotada porque ellos no tienen sentido si no implican la reconstrucción de una vida. Un lenguaje que se sabe poco oído y que crea una complicidad, un doble discurso para sí, más cauteloso y más desengañado, donde tal vez encuentra al otro que lo escuche, donde ensaya y tal vez consiga demarcar un dominio. Que ya ni sabría cómo pero que piensa continuamente en lo que fuera una vez más otro comienzo. Y que con su promesa de no olvidar nada, ninguna cosa del pasado, siempre tiene que olvidar y siempre termina por olvidarlo todo. Es así que a pesar de los tempranos desacuerdos entre los intelectuales y el gobierno de la Revolución, historia que no se limita a los años 70 y es una de las razones más apremiantes del encuentro de Estocolmo, Reina concluye su carta con lo que puede entenderse como otro acto de fe: el proyecto Casa de Poesía que en la actualidad dirige, concebido probablemente cuando la azotea era sólo un techo sobre su cabeza, el de la casa de sus padres donde ella había comenzado a hacerse visitar.

Para Reina es motivo de admiración o de confianza que la mayoría de los jóvenes intelectuales que llegan a la azotea, que se vuelven asiduos y el núcleo de esas reuniones, no cumplan ningún papel activo en las instancias

burocráticas de la cultura. Además de lo que eso significa como una elección más o menos privada de connotaciones éticas, Reina debe sentir que esos escritores (hombres, y no mujeres, son sus amigos íntimos), empleados nocturnos de cualquier sitio a cambio de unos salarios de miseria y de tiempo para escribir, asisten con ella, de algún modo, a la historia de marginalidad, de desacato y de locura que respecto a la mujer escritora, la familia y la sociedad reactualizan. Y como si no estuviera hablando de lo que su casa hubo de ser a menudo para ellos, y para ella misma, dice que permanecen «enquistados en submundos, regiones oscuras, mundos errantes».

Desde los muros de la azotea de Ánimas se ve un poco de calle, las construcciones colindantes imponen el ángulo de sus paredes que se alargan y toman altura hasta el remate de los techos color herrumbre y terracota. Calle, interiores enmarcados por ventanas y, hacia arriba, azoteas que son otras casas o cuartos, y los cuerpos que asoman por el laberinto de las tendederas, antenas de televisión y tanques de agua. Se ve el cielo, se ve la cercanía del mar, se ve la ciudad. La azotea ha sido un punto de mira, una lente que por su ojo contrario hace minúsculos y distantes a quienes la usan. Ha sido el lugar de la conversación literaria, de los recitales, de los encuentros y las presentaciones, o la ocasión para una mesa, la punta dulce de una galleta o la punta de sal a la cual también los de la casa tenían que sentirse comensales invitados. La casa de todos y la casa paranoica, suspicaz. La noche fraterna y la madrugada aún más fraterna: crítica, cínica, reservada. La casa de poetas con poemas excelentes que debieron ser escuchados y comentados por los mismos poetas excelentes. Un lugar a donde volver, el refugio de unos y el punto de partida para otros. La veleidad del salón y la acritud del tedio, del hastío.

Cuando la casa no era todavía una colección estilizada de las ruinas —cristal, losa, madera, herraje—, el juego de pequeñas piezas que en los últimos años se ha ido acomodando, haciéndose confortable y viviendo su necesidad como un deseo, cuando era casi únicamente la evidencia de una estructura, Reina comienza el texto de relatos paralelos, uno de sus últimos libros publicados: *...te daré de comer como a los pájaros...* Su obsesión por las duplicaciones y el pensamiento crítico en que ha ido insistiendo —escritura con la que deseaba desmontar el artificio de cada imagen, regresar a cierto estado primordial que sabe imposible—, permite que se ingenie un diario de la vida doméstica. No es el inventario ingenuo, pasional o desquiciado de una rutina. Es ese lenguaje de procacidad y urgencia, el que impone márgenes, abre fallas, repite los desniveles de la vida que se vive y la que se ficciona. Crea dentro del libro, y para él, la casa de su fábula.